# YO, VAMPIRO
## por Ramón S. Lucena

No sé cómo ni cuándo empezó en mí esta obsesión morbosa por la sangre. Sólo sé que desde muy pequeño he sentido un estremecimiento al verla fluir, roja y espesa, de los pequeños animales domésticos al ser sacrificados, o de mí mismo.

En un principio bastaba una sola gota, un simple pinchazo en un dedo que hacía surgir una pompa rojiza, para provocar en mí un efecto fulminante. Mi cerebro comenzaba a girar, me invadía un sudor frío, tosía convulsivamente y una sensación final de ahogo precedía a la pérdida de conocimiento. Caía al suelo, con los ojos en blanco, y la cara también blanca, como el papel. Muchas veces, ni tan siquiera la visión de sangre era necesaria. Bastaba una simple alusión al tema en el curso de una conversación o la lectura de un texto, para crear en mí la imagen mental que rápidamente iniciaba el mismo proceso. Otras veces, en la oscuridad de un cine, una imagen sanguinolenta me obligaba a buscar rápidamente la salida. He dejado, a lo largo de ese período, multitud de películas sin terminar.

Paradójicamente, la sangre me atraía. Tanto que comencé a luchar contra sus efectos. Y, poco a poco, logré superar mi debilidad. Aunque no del todo. Curaba las heridas de mis compañeros, leía relatos en los que la sangre estaba presente, veía películas de terror. Llegué incluso a asistir, una semana tras otra, a las operaciones que, de forma pública, se realizaban en la Facultad de Medicina. Acodado en la barandilla miraba por la claraboya el momento en que las hábiles manos del cirujano sajaban la carne y cómo el corte, blanco durante unos segundos, se punteaba de rojo, antes de que el médico aplicara sobre cada vaso el cierre de las pinzas de sutura. Luego, pasado ese primer momento, para mí emocionante, me marchaba. las vísceras al aire ya no me interesaban.

He dicho que logré superarme. No siempre. A veces, de forma inesperada, volvía a desmayarme. Pero no podía renunciar a la sangre. Es posible que hubiera algo de masoquismo y ansias de autoaniquilación en mi obsesión. Perder la conciencia suponía un placer delicioso –el de la muerte–, y la más maravillosa de las inseguridades. Como un león. que permanentemente me acechara, mi obsesión estaba allí, dispuesta a saltar sobre mí en el momento más inesperado. Unas veces me vencía, y caía fulminado. Otras, era yo el vencedor. Pero cada combata tenía un sabor nuevo, un aliciente nuevo, el de la incertidumbre, pues no estaba de antemano ganado o perdido.

A lo largo de varios años he buceado dentro de mí, tratando de encontrar las razones de mi obsesión. Tal vez sea debida al carácter mágico de la sangre, sin la cual la vida no es posible; y su carácter cósmico, casi infinito. En una gota que es escapa hay millones de seres

vivos que palpitan con sus corazones huecos, millones de galaxias rojas, que escapan en el horror fluvial de las heridas abiertas.

Yo siempre he tenido miedo a la muerte y, a la vez, el deseo oculto de morir, de experimenta le placer de la aniquilación.

Esa debilidad mía era difícil de ocultar. ¡Cuántas veces mis amigos se han reído de mí! Y, lo peor, es que trataban de explicar lo que me pasaba, de buscarle remedio. En aquel tiempo, las ideas de Freud estaban de moda. para unos se trataba de un complejo de Edipo no superado, para otros de castración. Puestos a explicar lo inexplicable había quien decía que yo sufría la consecuencia de un trauma infantil, y que relacionaba el acto sexual con la menstruación materna. ¡Tonterías!

Poco a poco me fui alejando de ellos. Ahora soy un hombre solitario al que tampoco interesan las mujeres. Y mi obsesión continúa.

Cada noche, mis sueños se tiñen de rojo. Es siempre el mismo que, con algunas variaciones, se repite, una y otra vez.

Estoy solo y corro por una playa. No se por qué. Corro hacia el agua que se aleja, y trata de alcanzarla sin conseguirlo. El agua tiene un color rojo, el mismo que la sangre, y yo tengo sed, una terrible sed. Imposible beber. De pronto, el paisaje cambia. Hay un bosque, y sus árboles, que yo veo a lo lejos, destilan de sus ramos un líquido rojizo que parece sangre. Corro, y al acercarme, veo que los árboles se transforman en hombres, en seres sin rostro cuyos brazos cortados gotean sangre. Pero, aunque mi sed es ahora abrasadora, soy incapaz de beber. Invariablemente, esa última imagen coincide con mi despertar.

Hasta hace poco yo desconocía el sabor de la sangre. Algo que casi todo el mundo aprende de niño cuando chupa las propias heridas. yo he tardado en descubrirlo casi treinta años. Fue hace meses cuando rodé por las escaleras oscuras de mi casa y me golpeé la frente al caer. perdí el conocimiento, al volver en mí, sentí mi boca inundada de un líquido espeso que tragaba con ansia, de un sabor delicioso, acre y salado.

Después de curado, esa misma noche, mi sueño volvió. Pero bien diferente. Era un sueño en el que saciaba mi sed, primero en el mar de sangre, y más tarde en el bosque. Yo corría hasta los cuerpos que sangraban y esperándome estaba una figura negra, en la que para mi sorpresa me reconocí, que me tendía una copa repleta del rojo líquido; yo la apuraba con delectación. Luego el sueño desapareció, y dormí profundamente, libre de pesadillas, hasta bien entrada la mañana.

Estoy seguro de que si esto que ahora cuento llegara a los oídos de mis amigos de antaño, inmediatamente me recomendarían que visitara a un psiquiatra. No pienso hacerlo. Siento un profundo desprecio hacia ellos y sé que son incapaces de ayudarme. Quiero soñar y ser libre, no que me integren en un sistema que odio. Además, no puedo correr el riesgo de que me ingresen en eso que ellos llaman casa de salud, y que no es otra cosa que una cárcel. Hay cosas que todavía no he contado, y que estoy seguro de que me conducirían a prisión.

Días después de aquel incidente, volvía a soñar. Esa vez, mi sed renovada no encontró satisfacción. Al despertar comprendí que necesitaba beber sangre de nuevo. Pero no mi propia sangre. Pasé todo el día obsesionado con ese tema.

Era entrada la noche cuando salí de casa. Llevaba en el bolsillo mi navaja de afeitar. Deambulé por las calles desiertas. De pronto vi una mujer esperando en una esquina. Al acercarme, me sonrió.

Cambiamos apenas unas palabras. Yo le entregué el dinero que me pedía y ella, satisfecha, se colgó de mi brazo. Dijo que me llevaría hasta su casa. Yo sentía el contacto de su cuerpo, y aquello me repugnaba, pero me dejé conducir. nadie no s vio entrar en la covacha miserable donde vivía. Cerró la puerta, se volvió hacia mí y enlazó sus brazos sobre mi cuello. Supongo que trataba de besarme, pero no le di tiempo. El filo de la navaja seccionó su cuello. Me miró con los ojos desorbitados y trató de gritar, sin conseguirlo. Yo la empujé haciéndola caer sobre la cama y me lancé sobre ella buscando la herida con mis labios. Bebía su sangre a grandes sorbos mientras notaba cómo sus fuerzas se iban debilitando. Sentía que se moría y eso hacía renacer las fuerzas en mí, como si su vida se fuera poco a poco uniendo a la mía, reforzándola. Luego sus brazos cayeron y quedó deseable. Rasgué los vestidos y, permaneciendo yo vestido, la poseí.

Fue inmediatamente después cuando me sentí aterrorizado ante el crimen que acababa de cometer. Hubo un momento en el que incluso pensé entregarme a la policía. Unos minutos después, más tranquilo, lavé mi cara y mis manos y salí de la casa procurando que nadie me viera.

La noticia tardó varios días en saltar a los periódicos. Si aquella mujer vivía sola, debieron tardar tiempo en descubrir el cadáver. Pienso que jamás descubrirán a su asesino. Al menos, hasta ahora, nadie se ha dirigido a mí.

Los días que siguieron fueron terribles. Tenía miedo de la policía, miedo a perder la libertad, y también remordimiento. Por lamentable que fuera la vida de esa mujer, ella quería vivir y yo la había matado. Jamás antes había causado daño a otras personas, como no fuera de forma accidental o involuntaria. Me juré a mí mismo no volver a cometer un crimen, por imperioso que fuera el deseo de sangre. Pero no cumplí mi promesa.

A los pocos días mis sueños volvieron, y con ellos mi sed de sangre. Traté de luchar contra ese impulso y todo fue inútil. Hubo una segunda vez.

Me volví loco. Recorría mi casa, a grandes zancadas, como una fiera enjaulada, destrozando cualquier objeto que encontraba a mi paso. Era imposible dormir, y tuve que drogarme para hacerlo. AL despertar, eso me dio una idea. Mi próxima víctima no sufriría. No vería su muerte de cerca. Lo haría allí mismo, en mi casa.

Busqué por la calle, entre las prostitutas. Esta vez se trataba de una mujer joven y atractiva. Después de aquella experiencia, que, confieso, fue la primera, las mujeres habían comenzado a atraerme. No discutí el precio, pero insistí en llevarla a mi casa, cosa a la que ella, en principio, se resistía. Sugirió incluso que fuéramos a un hotel barato, pero eso no me convenía en absoluto. Tuve mucho cuidado en que nadie nos viera juntos, sobre todo al entrar. Dejé que me abrazara y luego sugería que tomáramos una copa. Había preparado su bebida cargada de somnífero y ella a apuró sin mostrar extrañeza. luego, dejé que se desnudara. La visión de su cuerpo hizo nacer en mí el deseo. Procuré dilatar al máximo los preparativos tratando de conseguir que le narcótico hiciera su efecto.

**Al poco tiempo no pudo reprimir los bostezos.**
**Ya en la cama, la acomodé sobre mí mientras la penetraba. Su cuerpo me pesaba terriblemente, pues estaba inmóvil, prácticamente dormida. Tomé entonces uno de sus brazos, fláccido como el de un pelele, y de un solo tajo, utilizando mi navaja barbera, seccioné las venas de su muñeca. Exhaló un gemido, mientras yo pegaba los labios a la herida, succionando la sangre.**
**Sentí que un enorme placer me invadía. Un placer doble, pues mi orgasmo llegó de forma inmediata. Seguí allí, mucho tiempo, bebiendo su sangre, sintiendo cómo su vida que se escapaba se unía a la mía. Luego, no se cuándo, me quedé dormido.**
**Desperté muy tarde, con la luz del sol entrando a raudales a través de los visillos, sintiendo mi cuerpo pegajoso. El cuerpo muerto de la muchacha estaba allí, a mi lado, rígido y blanco. La sangre manchaba las sábanas.**
**Tuve que esperar a que llegara la noche para desprenderme del cadáver, que envolví en las sábanas manchadas, y logré introducir con gran trabajo en el maletero del coche. Recorrí más de cien kilómetros antes de precipitarlo en el mar.**
**De nuevo tuve suerte. hasta ahora los periódicos no han dicho nada de su desaparición, ni han registrado la aparición de su cuerpo. Supongo que, a estas alturas, los peces habrán dado buena cuenta de él.**
**Esa vez no sentí remordimientos. Tampoco las que siguieron. Empecé a comprender que yo no era un hombre como los demás, que estaba predestinado para una existencia diferente, que mi vida dependía, de ahora en adelante y por toda la eternidad, de beber la vida de los otros en su sangre.**
**Los vampiros son tan viejos como el mundo. Hay demasiada historia en torno de ellos, para que todo sea una simple invención. Se que yo no he de morir jamás.**
**Pero me preocupa esta existencia mía terrenal. Si mis crímenes se descubren no podré evitar el juicio de los hombres. Una noche d cada siete, cuando mi sed de sangre es ya insuperable, salgo en la noche en busca de nuevas víctimas. No he podido evitar el descubrimiento de alguno de los cadáveres y que el pánico se extienda por la ciudad. Pienso, que de seguir así, tarde o temprano, me descubrirán.**
**Por eso, dedico mis días a buscar una solución. Y creo haberla encontrado.**
**He conocido una muchacha joven y virginal. Salimos juntos, como si fuéramos un par de enamorados. Ella confía en mí y hace todo aquello que se me antoja. Aunque me atrae de forma poderosa, nunca me he dejado llevar de mis impulsos, y su cuerpo permanece inviolado.**
**He descubierto también una vieja iglesia en un pueblo abandonado. Necesito de un lugar sagrado para realizar lo que me propongo. He roto la puerta de la sacristía y he encontrado allí todo lo que necesito.**
**Escribo ahora estas notas apresuradas cuando ya falta poco para el tránsito que me ha de abrir las puertas del más allá. Lo hago cediendo al impulso de comunicarme con una humanidad que me dispongo a abandonar. No confío mucho en que nadie me entienda. Muchos pensarán, como mis compañeros de antaño, que todo esto no es otra**

cosa que la expresión de mi locura. Aquellos pocos que crean pensarán que se trata de una maldición. Pero, ¿hay mayor maldición que la muerte? Cualquier infierno que el terrorismo religioso se atreva a imaginar es apenas nada comparado con el desaparecer para siempre, con volver a la indeferenciación original. Por eso elijo ser al Muerte, la única que no puede morir.

Lo he preparado todo. Debajo de la iglesia hay una cripta en la que reposan, guardados en viejos nichos semiderruidos, los restos de algunos monjes. yo he situado en su centro un ataúd forrado de seda, y bajo ella un puñado de tierra. Será mi morada futura. Cuatro grandes cirios de cera negra vigilan sus cuatro flancos. Al fondo, frente al féretro, un gran espejo espera mi despertar para negarme su reflejo.

Arriba, sobre el ara, he dispuesto un gran círculo de azufre ardiente, y en la escena iluminada por una decena de velas de cera negra, acabo de degollar a mi compañera y he recogido su sangre en una copa.

Ahora desnudo su cuerpo, y con el mismo cuchillo corto su carne desnuda buscando su corazón, que todavía palpita entre mis manos, mientras invoco al señor de las Tinieblas, que será desde ahora mi único dueño.

He cortado las venas de mi brazo, y mezclo mi sangre con la de mi víctima. Ya únicamente falta agregar el veneno.

Se que mi inmolación e sólo un tránsito y que será terriblemente doloroso. Cuando beba, sentiré en la boca un ardor terrible, como de metal fundido y en seguida una sensación de ahogo. Algo similar a lo que sentía cuando la sangre me daba horror. Luego, mis labios y mi cara se tornarán azulados. Todas las células de mi cuerpo palpitarán, implorando el oxígeno que mi sangre, esa sangre que ya no es solo mía, les niegue. No será una muerta rápida. Es posible que el tormento dure casi diez minutos. Ente todos los venenos he escogido el más doloroso, el mismo que unas leyes malvadas preveen para los asesinos.

No me preocupa mi sufrimiento. Se que muy pronto, tal vez la próxima noche, estaré de nuevo entre los hombres. Se que muchos me odiarán, que verán en mí la encarnación del horror y del mal. Al hacerlo estarán equivocados. No es por odio a la humanidad por lo que elijo cumplir mi destino. Cuando vuelva no será para traer la muerte, sino la vida. Y eternamente...

Se que estoy condenado a dejar de ser hombre, a sentir y amar como hombre, que me convertiré en un testigo de la historia, y mi provenir estará ligado a toda la especie humana. Y cuando no quede nada, cuando el hombre desaparezca, seguiré viviendo, maldito y sólo, hasta que, incapaz de saciar mi sed de sangre, me convierta en un montón de materia corrompida, y en seguida en un puñado de polvo que se esparcirá con el viento.

Aunque, tal vez, no esté solo. Es posible que llegue a formar una nueva raza de seres inmortales.

He bajado a la cripta, y ante el espejo veo por última vez mi imagen, mientras cubro mis hombros con una gran capa negra. Junto al féretro espera la copa cargada de sangre y de veneno.

Me siento ahora dentro del ataúd, y miro la sangre que me espera. Al hacerlo, sufro el mismo estremecimiento que sentía cuando niño.

**Escribo las últimas frases de esta confesión. Luego dejaré caer los papeles al suelo.**

**Ahora levanto la copa y brindo por mí y por toda la humanidad. Por un futuro eterno teñido de rojo...**